

LA TRAGEDIA EDUCATIVA

Guillermo Jaim Etcheverry



destruyéndose a sí mismos o a la sociedad. Posiblemente, así intentan que les prestemos atención.

La cosificación de los jóvenes: de tener objetos a ser objetos

Un reciente informe, que indica que uno de cada tres de los 13 millones de argentinos menores de 18 años vive en hogares con sus necesidades básicas insatisfechas, ofrece una perspectiva aterradora. Lo hace también la constatación de que el 32% de los jóvenes de entre 13 y 18 años no asiste a ningún establecimiento educativo. Así avanza silenciosamente la exclusión, separando desde muy temprano a los pocos que creen poder salvarse de los muchos condenados a despeñarse hacia el fondo del abismo como vergonzante chararra.

Mientras esto sucede, los jóvenes que todavía pueden hacerlo (y no sólo los jóvenes), se aturden consumiendo. A través de los medios y la publicidad, las actividades más exitosas de estos tiempos, creamos permanentemente un inmenso mercado de nuevas necesidades y proponemos a la juventud modelos cada vez más superficiales. Generamos una pérdida gradual de la capacidad de distinguir lo real de lo virtual y una actitud menos cuestionadora. Los jóvenes aceptan resignadamente este papel que les asignamos en la sociedad actual y viven en una prolongada minoría de edad. Entre los pobres, esta se debe al desempleo y, en los grupos más favorecidos, a la moda complicada generacional de la familia, que no los fuerza a asumir la responsabilidad de hacerse adultos.

Somos los mayores quienes mostramos a los jóvenes este, su triste destino de objetos. No sólo por estimularlos a tener objetos sino, lo que es más grave, de resignarse a ser objetos.

Por eso, hablamos tanto de "educar para el trabajo", frase que traduce nuestra visión de lo humano como recurso, como herramienta que requiere el mercado, y, cada vez menos, de educar para desarrollar personas autónomas y responsables a las que, en realidad, poco valoramos.

Habría que reconocer que estamos en deuda con la mayoría de nuestros jóvenes. ¿Qué alternativas les presentamos, qué esfuerzo hacemos para transmitirles ciertos valores? Con nuevas exigencias y ejemplo, deberíamos ayudarlos a concebir las nuevas e imprescindibles utopías que consideren que el bien propio tiene mucho que ver con el bien de los otros. Porque el egoísmo y la codicia, hoy convertidos en dogma, no bastan como norte de la vida personal ni de la social. Como afirma el rabino inglés Jonathan Sacks, los jóvenes "se ven rodeados por una sociedad que maximiza la envidia y minimiza el consuelo". Sólo asumiendo nuestra responsabilidad de adultos, proponiendo a los jóvenes modelos de conducta diferentes de los tan lamentables que hoy les mostramos y ocupándonos de sacudir su apatía para exigirles el esfuerzo de la confrontación y la crítica, podremos intentar que recuperen el sentido perdido de sus vidas. De otro modo, la mayoría de los jóvenes seguirá, como hasta ahora, reflejando nuestra desorientación y nuestra angustia.

La deserción de la dirigencia

Cuando la humanidad descende, es decir, cuando entra en periodos de decadencia, como lo señala Julián Marías, la recuperación resulta difícil, dado que se produce tal destrucción de la personalidad social que, sencillamente, no hay quién que permita tomarse para remontar. En ese rechazo que sistemá-

ticamente manifiesta la dirigencia para asumir el papel que le corresponde reside uno de los problemas más graves de la sociedad actual, que adquiere características particularmente significativas en la Argentina.

Neil Postman, profesor de sociología de la comunicación de la Universidad de Nueva York, señaló que los EE.UU. se están "entreteniendo hasta morir". Que el verdadero problema no son las drogas, el tabaco o las dietas ricas en colesterol, sino la adicción al entretenimiento diario, la necesidad que tenemos de ser entretenidos. Vivimos en la "sociedad del espectáculo" que anunciaba Guy Debord a comienzos de los años sesenta, basada en la comercialización de los valores. En esa realidad virtual en la que lo importante ya no es el pensamiento, sino la presencia, entre otras cosas, se confunde el Estado con el circo, con el cine, con la televisión.

Sin embargo, a pesar de lo extendida que está en el mundo la superficialización del hábitat cultural, en los países mejor estructurados quedan algunas bases sólidas en las que afirmarse. Al decir del escritor español Manuel Vicent,

espacios cerrados donde no suele ser bien recibida la estupidez. Donde hay personas que cumplen con su deber sólo por ser su deber, sin preocuparse de otra cosa. Donde cualquier chisme no conmueve al Estado, hace perder el sueño a ilustres pensadores o saca a los científicos de los laboratorios.

Parafraseando a Vicent, la diferencia entre la Argentina e Inglaterra consiste en que "en Inglaterra un profesor de Oxford no sabe quién es lady Di. Y si lo sabe, no conoce su desgracia y, si la conoce, no le importa nada y, si le importa, se lo calla". Es que el científico de Oxford hace ciencia, como en Harvard, Berlín o la Sorbona. Entre nosotros, políticos, profesores, empresarios, economistas, intelectuales y clérigos, no só-

lo sabemos quiénes son los equivalentes argentinos de lady Di, sino que conocemos sus andanzas, nos importan y, lo que es más grave, gozamos haciendo público ese interés. Esta alarmante banalización de nuestra dirigencia deja a la sociedad desprovista de ejemplos para superar la crisis. Mejor dicho, la profundiza ofreciendo modelos de superficialidad. No hace mucho, una conspicua integrante de la clase dirigente argentina afirmó: "Necesitaba una transformación profunda en mi vida. Por eso, decidí cambiar el color de mi pelo, que ahora luce más cobrizo, un tono que me fascina". En otras palabras, como decía Cicerón: "Hacen más daño con el ejemplo que con el pecado mismo".

Los dirigentes de los países serios al menos advierten el peligro e intentan que *haya quién*, organizan la resistencia cultural. Ejercen lo que el economista español Juan Velarde Fierres considera "efectos estabilizadores". Así interpreta actitudes ejemplares de la familia real española como, por ejemplo, la asistencia habitual de sus miembros a las reuniones de las Academias. Posiblemente, esa presencia no responde a su desvelo por la mecánica celeste, los laberintos de la lengua o los avances en biología molecular. El rey, la reina y sus hijos se sientan allí porque es esa la manera que tienen de mostrar que respaldan al que trabaja, de dar testimonio del interés del Estado español por el conocimiento y la ciencia. La infanta Cristina declaró, hace poco, que concebía esa función ejemplar como su papel en la vida. Los miembros de la familia real, al igual que muchos dirigentes de otros países, prefieren estar entre los pensadores en lugar de ir tras cantantes de éxito más o menos fácil. Como recuerda el rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, Horacio Sanguinetti, el presidente Bartolomé Mitre cruzaba la Plaza de Mayo y asistía a las clases y exámenes en ese colegio. Son esas las señales "estabilizadoras" de las que, lamentablemente, hoy carecemos.

¿Hay una dirigencia para el largo plazo?

En momentos de crisis, resulta decisiva la visión que de un país tiene su clase dirigente. Lester Thurow —profesor de la Sloan Business School del Massachusetts Institute of Technology (MIT) en los EE.UU.— hace un lúcido análisis de esta cuestión. Sostiene que a menudo se afirma que Japón tiene un *establishment* (¿sociedad establecida?) y América Latina tiene una oligarquía. En realidad, se trata del mismo grupo bajo dos nombres diferentes. En ambas regiones, ese grupo está integrado por personas ricas, bien relacionadas, educadas en las mismas buenas escuelas, casadas entre ellas y que dirigen sus países.

Sin embargo, existe una diferencia esencial. Un *establishment* actúa demostrando que tiene confianza en el hecho de que, si el sistema funciona y si su país es exitoso en el largo plazo, a sus integrantes también les irá bien en lo personal. Al tener esa confianza, no anteponen sus propios intereses inmediatos cuando hacen pesar su influencia en las decisiones públicas. En cambio, una oligarquía está formada por un grupo de individuos inseguros, que acumulan fortunas en cuentas bancarias secretas. No confían en que, si su país es exitoso, ellos también lo serán. Por eso, siempre tienen presente su propio interés, no se preocupan por invertir tiempo y esfuerzo en mejorar las perspectivas de su país en el largo plazo. Según Thurow, a lo largo de la historia de los EE.UU. se han alternado *establishments* y oligarquías.

Esa concepción resulta útil para pensar el futuro argentino desde el presente. Para ayudar a salir de la crisis, nuestra dirigencia debería comportarse como un *establishment*, es decir, volver a preocuparse por el porvenir del país concebido como un conjunto de personas, como una comunidad de intereses. Si, en cambio, elige privilegiar su apetito personal, como las

oligarquías, ni la Argentina ni esa dirigencia tendrán futuro. ¡Qué distancia abismal separa a nuestros dirigentes de sus modelos en las grandes corporaciones de los Estados Unidos! Cuando, en 1995, se debatía el equilibrio presupuestario, ellos alertaron públicamente a sus legisladores acerca del serio peligro que para su país representaría reducir los fondos públicos destinados a la educación superior y a la ciencia básica. No es habitual observar, entre nosotros, una preocupación similar por esas cuestiones, centrales para el futuro del país.

Nuestros dirigentes (políticos, económicos, religiosos, intelectuales) deberían entender que son el *quién* que hoy falta. A través de su ejemplo, deberían contribuir a estabilizar en lugar de desestabilizar. Dar el testimonio de una conducta que demuestre intereses más elevados que los que parecen preocuparlos, asumir un mayor compromiso, exhibir más responsabilidad y más seriedad en relación con los problemas del país. Deben comprender que a ellos les corresponde ser las bases firmes de las que los demás —entre otros, sus propios hijos— se puedan tomar para elevarse. Proporcionar los fundamentos sólidos, esencialmente la educación, sobre los que construir un país en serio.

Necesitamos recibir señas permanentes de la cultura que perduren más allá del espejismo fugaz de la fama. Para ello, la dirigencia debería abandonar el culto del éxito, que dominó en los años ochenta, y que identifica el triunfo y la sabiduría con el dinero y el poder. Según Thurorow, en los EE.UU., los ochenta se caracterizaron por claras manifestaciones de una oligarquía: guerras de las fusiones, bonos basura, revistas de negocios cuyos mayores éxitos eran la publicación de la nómina de los norteamericanos más poderosos, exhibición de los estilos de vida de los ricos y famosos, déficits comerciales y presupuestarios.

¿Será posible detener el avance del "nuevorráquismo" y reinstalar el concepto complejo de la cultura como armonía y equilibrio, tal como sostiene el español Rafael Argullol? Para ello, habrá que emprender la lucha contra la vulgaridad, contra el adelgazamiento de lo espiritual que ya es casi atrofia, proporcionando a la gente elementos que le permitan explicarse la complejidad de la vida y del mundo. Porque no todo está sometido a las leyes de lo fácil. Esto habrá que hacerlo encontrando faros ejemplares que vuelvan a emitir señales de dignidad. *Sólo si logramos convencernos de que pensar no es un signo de espíritus débiles o de nostálgicos habitantes de un pasado superado, se dispersará la bruma agobiante del deterioro que nos envuelve.*

El mundo mostrado por los medios de comunicación: el despojo del interior

Curiosamente, un tutor y su discípulo que dialogan contemplando el cuidado césped de Eton en 1920 ignoran que, años después de abandonar ese prestigioso colegio inglés, habrán de describir sus visiones del mundo del futuro. Aldous Huxley, el mayor, publicará, en 1932, *Un mundo feliz*. Eric Blair, más conocido como George Orwell, es el otro joven que, en 1949, conmovió con su sombrío relato 1984.

En su novela, Orwell anticipa los peligros de una sociedad totalitaria en la que el Estado concentra cada vez mayor poder. Para simbolizar la opresión externa, imagina un omnipresente "hermano grande", que controla la vida cotidiana de los hombres. Ha sido esa una de las más poderosas metáforas del siglo para describir las consecuencias del control de todas las actividades humanas por el poder.

Huxley, en cambio, no supone que una figura autoritaria privará a la gente de su autonomía, le arrebatará su historia, le impedirá madurar. En su profecía, la gente no se resiste a la tecnología con la que el opresor aniquila su capacidad de pensar. El aspecto terrible del relato reside en que la víctima odia a su opresor, se entrega a él voluntaria y alegremente.

Mientras Orwell alerta acerca de quienes nos privarán de la información, prohibirán los libros o nos ocultarán la verdad, Huxley expresa una preocupación opuesta. Imagina que llegaremos a contar con tanta información que quedaremos reducidos a la pasividad, que no será necesario prohibir los libros porque a nadie le interesará leerlos, ni ocultar la verdad porque pasará inadvertida en el océano de la irrelevancia.

Huxley piensa que, en la era de la tecnología avanzada, la gente vivirá entre placeres y lujo, pero devastada espiritualmente por un enemigo disimulado tras un rostro sonriente. Para destruir la cultura, bastó con que el pueblo terminara convirtiéndose en audiencia, que aceptara ser distraído por lo trivial, paralizado por el entretenimiento perpetuo. A esa cultura, sin necesidad de guardianes ni rejas, el diálogo público no supera ya el nivel infantil y la política no se diferencia del vodevil.

Como lo señala Neil Postman —de quien está tomado este agudo análisis de ambas visiones— mientras Orwell teme que la cultura se convierta en prisionera, Huxley ve el peligro de que se transforme en trivial, preocupada por lo irrelevante.

Terminando el siglo, la profecía de Orwell no se ha cumplido. Los regímenes totalitarios se batan en retirada. Tal vez, inclusive como consecuencia de 1984, estamos alerta y reaccionamos en cuanto las puertas de la celda comienzan a entornarse y se escuchan los quejidos de las primeras víctimas. Se concreta, en cambio, la visión de Huxley. En ese "mundo feliz"

en el que se convierte aceleradamente el nuestro, nadie grita por la libertad perdida. Al contrario, se oyen las carcajadas de la diversión que, además, interpretamos como signo de absoluta libertad. Como intuye Postman, el problema no es que la gente se ría en lugar de pensar, sino que no sabe de qué se ríe ni por qué ha dejado de pensar. Se interroga: ¿puede reaccionar una cultura agotada por la risa?

La educación parecería ser el antídoto ante esta epidemia de estupidez que se extiende. Sostenía H. G. Wells que "la historia humana se está convirtiendo, cada día más, en una carrera entre la educación y el desastre". Sin educación, las personas son más vulnerables porque, como carecen del mundo interior que ella construye, quedan limitadas al espacio enrarecido de su experiencia cotidiana. Como ha señalado Julián Marías, estos "primitivos llenos de noticias" no tienen ninguna idea, corporizan el "vacío mental". Por eso, sin resistir y sonrientes, se entregan al opresor que los va rellenando con la cultura de lo burlesco. Trágicamente, ni siquiera reconocen a quien los asfixia.

En este fin de siglo, hay señales de que el "mundo feliz" está instalado entre nosotros. Vivimos férreamente controlados, no ya por el amenazante "hermano grande", sino por el alegre entretenimiento. En el estremecedor discurso que pronunció al aceptar el premio Príncipe de Asturias de las Letras, Francisco Umbral nos advierte: "Estamos rodeados, vamos a la barbarie, la ministra española clama en humanidades pero el niño sencillo, padrote del Dos Mil, no frecuenta las ciencias ni la paciente historia, pero mata marcianos y asesina a otro niño". Entre carcajadas y no ya entre gritos de horror, sucumben hombres y mujeres sometidos al despojo de su interior. Están rodeados, privados de la posibilidad de ensanchar su horizonte, es decir, de hacerse personas. Es una nueva ma-

timos al nacimiento de un novedoso proceso de generación de espectáculos; quienes discuten sobre la droga de ayer retoman optando sobre la violación de hoy.

Lo que nos sucede no tiene nada de anormal. Superficialmente, se trata de un inocente entretenimiento que, además, se nos brinda de manera gratuita. Esto es aparente porque, en realidad, somos nosotros quienes nos ofrecemos al espectáculo pagando la entrada con lo único realmente valioso que tenemos: nuestro tiempo. Aunque no siempre lo advertimos, lo que hace a ese tiempo precioso para los dueños del circo es que tiene valor comercial. Nuestro tiempo es lo que se vende con el *raiding*. Pero, así como pocas veces advertimos el importante sacrificio que se nos exige para ingresar a la tienda del circo electrónico, tampoco alcanzamos a comprender en toda su dimensión el profundo impacto que el espectáculo al que hoy asistimos tiene para nuestro futuro colectivo.

En el fondo, la gente siempre ha ansiado llegar a formar parte de lo que su sociedad valora como más importante. De ahí la trascendencia de los modelos sociales. En nuestra época, lo realmente valioso es, sin duda, el espectáculo que se exhibe. Pase, si no, con ver el halo de importancia que rodea a sus protagonistas. Ellos deben tener cuando comienzan de padeceres camuflados y perturbados, hundiéndose microfonos y grabadores, acompañan cada uno de sus movimientos y documenan, desde distintos ángulos, su imagen fugaz cuando ingresan al vehículo, generalmente empujados, que los transporta entre comisarias y juzgados. Lo aparato de los movimientos de la caravana de autos hace difícil determinar si quien se desplaza es una gloria nacional o un aspirante a delincuente con prestigio (categorías hoy casi equivalentes). Cuando, entre flashes y besos del público, estas personalida-

meta de perder la libertad, una prisión invisible. Menos, no grande", pero no por eso menos terrible. Derribaremos muros cuando decidamos empujarnos, esta vez por dar

La banalización de la vida

Si bien son muchos los medios de difusión que contribuyen al espectáculo en el que vivimos, este ha encontrado su sede principal en las pantallas de nuestros televisores. Aunque por el tentador anuncio de escándalos, sexo, drogas y pederastia nos atravesamos, a diario y sin salir de nuestros hogares, las pantallas del "circo electrónico" que nos admite por millones a la amplia carpa virtual que se esfuerza por cobijarnos. Cuantas nos prometen espectáculo no nos defraudan: la tropa ha sido bien seleccionada y mejor conducida. Hasta tiene la esperanza de lo espontáneo. Nos ofrecen la oportunidad de escapar la vida de delincuentes, conocer adictos a drogas variadas, cubrir la veracidad de funcionarios públicos. No hacen falta una entrevista con la verazsa impact del atragante atragante que sólo puede dar la apariencia de "lo real". Alejada de las tragedias que exhiben grandes pasiones, la tropa nos muestra que nada se toma muy en serio: denunciantes y denunciados se insalvan violentamente sólo para terminar abrazados. Los lumbros por poder acceder a un mundo cuya existencia sólo nuestros camuflados a elegir a aquellos con más "ángel" en el tiempo más en el circo. Los que pasan al olvido lo harán con solos por haber ensayado su curriculum con la experiencia, pronto a regresar con el próximo escándalo. Es más, así

des logran acceder al escenario, lo hacen recibidos con una admiración, no exenta de respeto y algo de envidia, por comentarlos de todo tipo ansiosos por lograr que los salpique el prestigio del escándalo, es decir, de la fama.

En eso consiste hoy el estrellato, máximo objetivo al que se llega vertiginosamente, en general, como resultado del esfuerzo de robar, mentir o drogarse. Cautos, los protagonistas no niegan su participación en esas actividades. Se limitan a afirmar que no son tan malos como se los muestra o que, si cometieron el delito que se les imputa, ya no lo hacen. Tratan de evitar la cárcel, lo que, en general, logran sin demasiado esfuerzo. Saben que, si sus vidas se alejaran de la condición de marginalidad, si la gente pensara que son honrados trabajadores, dejarían de atraer su atención en el acto. Perderían todo encanto.

La trivialidad como modelo

Ante este espectáculo en continuado, ¿qué pueden enseñar los padres a sus hijos, los maestros a sus alumnos? ¿Alguien puede hablar de honradez o de seguridad cuando se ha vuelto habitual que los jueces sean acusados de fraguar pruebas o los policías de delinquir sin que suceda nada? ¿Cómo respetar a quienes representan a las instituciones cuando se los advierte cercanos al escándalo? ¿Se puede hacer referencia a lo que los antiguos consideraban honra cuando las "estrellas" de este espectáculo describen, orgullosas y desafiantes, los detalles de la corrupción de sus vidas, muchas veces breves, pero siempre bien trajinadas? ¿Cómo se puede enseñar a hablar, es decir a pensar, a nuestros chicos, cuando escuchan permanentemente un incoherente léxico balbuceado cuyo escaso y

grotesco vocabulario ha dejado de escandalizar porque constituye el espejo fiel de almas groseras? ¿Quedarán aún ingenuos que se preocupen por la "vida interior" ante tan prestigiado derroche de superficialidad? ¿Qué argumentos ayudarán a un padre o a una madre a explicarle a su hijo que su vida depende del esfuerzo y del trabajo, o a su hija adolescente que es conveniente que alguna noche duerma en su casa? Ninguno, mientras los chicos vean que las conductas opuestas no sólo son socialmente admitidas, sino que hasta parecen constituir un requisito imprescindible para alcanzar el éxito, reflejado en la admiración de los demás.

En su artículo "Enterrados vivos: nuestros niños y la avalancha de lo vulgar", el crítico cinematográfico David Denby, autor de *Grandes libros*, realiza una aterradora descripción del entorno en el que viven hoy los niños. Sostiene que habitan un mundo de sombras, tenebroso y salaz, como diría Paul Morand, en el que respiran una atmósfera contaminada sin siquiera saber que, en otra parte, el aire está limpio y brilla el sol. Cuando tienen cinco o seis años, ya han sido arrastrados definitivamente por el mercado y continúan desarrollándose no como ciudadanos sino como consumidores. Los medios los han terminado de configurar como tales antes de que hayan tenido la oportunidad de desarrollar sus almas.

Pero, dado que hoy el consumo de los medios es considerado parte de lo que hacen los chicos, ¿cómo se puede controlar lo que respiran? Al vivir en el marco de una cultura televisiva, que enseña que todo es descartable, que sólo sirve para el momento, los chicos asimilan ese tono de permanente devaluación y fugacidad, esa sensación de que nada importa.

A nuestros jóvenes les cuesta comprender el concepto de vulgaridad y, por otra parte, los creadores de la cultura comer-

cial estarían muy felices si nunca lo logran. Es tarea de los padres enseñarles lo que se entiende por vulgaridad. De ese modo, los niños se van haciendo rudos, juzgan el mundo en términos de popularidad y sólo distinguen entre ganadores y perdedores. Se ocupan hasta un extremo demencial por las ropas que usan y parecen alejarse de todos los demás intereses humanos. Impulsados por los medios, se acostumbran a sentir solamente excitación, lo que lleva a la industria del espectáculo a emprender una escalada de efectos ensordecedores para atraer su atención. Estraba en lo correcto Nietzsche cuando afirmaba: "Lo que más le importa al hombre moderno no es ya el placer o el displacer, sino ser excitado". Los medios han ido invadiendo a los niños mediante esa excitación y dejan a sus padres con la culpa. Es, lamentablemente, una lucha desigual, pues quienes están poseídos por el excluyente deseo de vender son mucho más poderosos que los padres, confundidos por las contradicciones de la autoridad, la libertad, la educación y la construcción del espíritu.

Una generación desculturizada

Las mayores transformaciones se están produciendo en el grupo de niños que tienen entre 8 y 12 años. Según Kay Hymowitz, que ha estudiado el fenómeno que representan estos niños —conocidos como *twens*—, ellos

no son simplemente un importante sector del mercado consumidor, sino que hablan a la verdadera esencia de nuestro futuro. Estos niños constituyen la vanguardia de una nueva generación desculturizada: viven aislados de su familia y de su

LA SOCIEDAD ANTE LA ESCUELA

comunidad, están dominados por sus compañeros y son entregados por sus padres, que se desentienden de ellos, a un voraz mercado sexualizado y alienado por el status y las modas.

Así, nuestras vidas se van llenando insensiblemente con este interminable muestrario de lo peor de la condición humana, y lo hacen, peligrosamente, en nombre de la libertad de prensa. "Lo que está ahí hay que mostrarlo. Es la realidad. ¿debemos ocultarla?" Sin embargo, habría que decir que se está tratando de descartar lo peor de lo que está ahí. Es más, se busca estimular que surja eso peor —insultos, agresiones, groserías— ante las cámaras. "Cada uno es dueño de hacer lo que quiera con su vida." Aunque se afirme lo contrario, resulta impensable no advertir que el sólo hecho de poner ciertas conductas en el centro de la atención pública termina prestigiándolas. O, al menos, quitándoles la característica de condenables. Las luces de la televisión todo lo blanquean al hacernos familiares de quien nos visita cotidianamente en nuestra casa.

¿Por qué razón las sociedades se preocupan tanto por consumir alimentos en buen estado, utilizar medicamentos seguros o mantener habitable el planeta y tan poco de los peligros que ocasiona el exhibir al lumpenaje como modelo de vida? Porque, no nos engañemos: todo está ahí, a nuestro alcance. Lo mejor y lo peor del hombre. Hoy el espectáculo al que asistimos está hegemonizado por esta hermandad de lo peor. Si insistimos en esta carrera desentrenada por exponerla y prestigiarla, nuestros inteligentes jóvenes elegirán el camino de lo que nosotros les mostramos como valioso. Como podemos comprobar a diario, no pocos parecen inclinarse entusiasmados hacia eso peor que les estamos dando. Tal vez nos ayude a reaccionar la reflexión sobre estos aterradores antipodos de lo que puede llegar a ser el futuro de nuestros jóvenes.

La homogeneización del pensamiento

Uno de los objetivos de la cultura popular contemporánea es eliminar las dificultades, simplificarlo todo. ¿Una obra maestra de la literatura o una sinfonía parecen complejas? Hoy esto no es un problema. La maquinaria de la cultura popular contemporánea cuenta con poderosas herramientas que permiten "procesar" las grandes creaciones del hombre para despojarlas de ambigüedades, quitarles los matices y todo vestigio de sutileza. Ante la sola sospecha de dificultad, se ponen en marcha los acetados mecanismos de la simplificación.

Las creaciones humanas adquirieren grandeza precisamente cuando logran transmitir la dimensión de complejidad que es inherente a nuestra naturaleza. Cuando, tiempo atrás, se encataba, por ejemplo, la transposición de una gran novela a un medio diferente, se lo hacía respetando la esencia de esa obra de arte. Ahora se la considera como secundaria materia prima que puede ser embellecida mediante la simplificación. Cada vez más, se invita a la gente a acceder a la cultura a través de estas versiones diluidas, copias "mejoradas", carentes de la sutileza y los matices que hacen trascendente el original. Antes, la fantasía era un modo de aproximarse a la realidad. Ahora, la realidad de una obra de arte es usada como material para generar fantasías que permitan pasar un rato divertido.

Todo constituye aceptable materia prima para la industria universal del entretenimiento aunque ello suponga devorar lo mejor de nuestra cultura, que termina homogeneizada en una especie de papilla insulsa al alcance de todos. Los clásicos son "mejorados" para adaptarlos a los requisitos del entretenimiento actual haciéndolos "apetitosos" para el nada exigente paladar contemporáneo. Lo preocupante de esta situa-

ción es que el público termina por creer que está frecuentando los clásicos.

Esta singular devaluación de la autenticidad se acomete en el convencimiento de que la gente es incapaz de manejar el conflicto y el dolor, las contradicciones y las ambigüedades de la vida. Para lograr éxitos comerciales, la nueva cultura mundial del entretenimiento busca aprovechar el prestigio de profundidad de que goza la vieja, aun a riesgo de corromper el mismo objeto con el que intenta desesperadamente vincularse.

En su descripción de la actual "conspiración contra la difusión", el escritor español Antonio Muñoz Molina señala que, para los criterios actuales, *El Quijote* carece de acción porque su trama es confusa y casi no pasa nada. No logra interesar al lector de hoy, atareado, con poco tiempo para perder en divagaciones inconducentes. Surgen, así, ediciones simplificadas que retienen lo "importante", la "acción", que evitan fatigas inútiles a los lectores. Este convencimiento de que las personas sólo son capaces de recibir mensajes muy simples revela el desprecio por su inteligencia y su capacidad de realizar el esfuerzo necesario para comprender la complejidad del mundo.

Cada día estamos más expuestos a esta cultura "pasteurizada", papilla intelectual que prolonga la lactancia de una vida fácil, sin esfuerzos, y de una estúpida jovialidad. El deforme Quasimodo es hoy el simpático Quasi, que baila con las otras atemorizantes gárgolas (culpablemente bautizadas Víctor y Hugo) en el interior de una Notre Dame, concebida para inspirar reverencia ante lo divino, pero hoy tan luminosa como un castillo de hadas. Quienes se deslumbran con *La Walkiria* deberían advertir que la historia de los mellizos clama por protagonizar una telenovela en la que Wotan podría ser un ejecutivo atormentado. Pero, sin duda, nuestros chicos ve-

rán antes *El Flaco* y *el Gordo* como seguramente se conocerá, en pocos años, a Don Quijote y a Sancho. Todo con Luis Miguel entonando la "Oda a la Alegría" del simpático sordito Beto, que emigrará de la oscura Bonn hacia la atractiva South Beach de Miami.

Para comprender y disfrutar las obras maestras de la cultura humana, no hay que simplificarlas, parodiarlas o ridiculizarlas. Basta con hacer que todos puedan frecuentar los originales. Deberíamos aceptar que no todo es entretenimiento, que somos nosotros los encargados de establecer la manera en que incorporaremos las grandes creaciones del hombre a nuestras vidas. Para lograrlo, hacen falta maestros y ejemplos, no un ejército planetario de disciplinadas niñeras que pasen la cultura por la procesadora para darnos cucharadas del puré que, dócilmente, nos estamos acostumbrando a consumir.

Guillermo J. conciliar la con la doc acerca de la la educación co, graduado Buenos Aires estudios de za, y trabaj Jolla, Calif neurobiología Biología Cel cultad de M de Buenos no desde 1971 es mi Investigador Nacional de cas y Técnico numerosos destacan el el "Premio y fue beca nismos naci

